

LEONARDO VALENCIA

KAZBEK

:f

2024
FIRMAMENTO

a Nella

a Peter Mussfeldt
moventur spiritu

—Hay que estar muy atentos —dice Luder—, hay que estar día y noche atentísimos para descubrir la ventana por la cual podemos despegar intrépidamente hacia lo desconocido

JULIO RAMÓN RIBEYRO, *Dichos de Luder*

I

EL SEÑOR PEER entregó a Kazbek una carpeta de cuero de camello con dieciséis dibujos de insectos. Le dijo que cada dibujo debía ir acompañado de un texto, hasta completar un Libro de Pequeño Formato. Podía escribir lo que quisiera. Incluso transformar el texto en algo más que un comentario añadido a sus dibujos.

Kazbek revisó cada uno de los dibujos y se empezó a preguntar qué es, exactamente, un Libro de Pequeño Formato. Al día siguiente viajó de regreso a Barcelona, colocó la carpeta sobre un anaquel y olvidó los dibujos que el señor Peer le había entregado en Guayaquil.

Los insectos se dibujaron con tinta negra sobre papel blanco, en diciembre de mil novecientos noventa y nueve. El señor Peer utilizó un bolígrafo Uniball II micro, marca Mitsubishi. Lo inspiró el miedo de los habitantes de Quito por las erupciones del volcán Pichincha. El señor Peer los llama *bichos*. Según él, vivían en la oscuridad del volcán y salieron debido a las erupciones, nunca supo si antes o después de las erupciones, o bien antes y después de las erupciones. Empezó a dibujarlos pensando en obsequiarlos como tarjetas de Navidad para un reducido grupo de

amigos. A medida que los realizaba se convirtieron en dibujos que no se debían entregar, aunque nunca supo exactamente por qué. El señor Peer terminó los dibujos, exorcizó el miedo ante la erupción, los guardó en una carpeta de color manila y se dijo que uno nunca sabe para quién trabaja.

¿Era Kazbek el destinatario de aquel obsequio frustrado? ¿Solo han pasado a sus manos para continuar un proceso de metamorfosis? ¿Qué es lo que realmente le devolverá al señor Peer cuando haya escrito esos textos, si los escribe alguna vez?

Lo que en realidad Kazbek tenía entre manos era empezar la novela en la que había pensado los últimos años.

El señor Peer sostiene que no se le debe exigir nada al artista, salvo que sea coherente consigo mismo. Por eso hay que recibir la obra de un artista como un regalo destinado a sabotear el hambre del lector. Cuando este quiere algo en concreto y el artista piensa en lo que el lector espera, y crea para satisfacerlo, el arte ha muerto, sostiene el señor Peer. Sería como regalarle un espejo, añade, verá su propio rostro al precio de cubrirle el horizonte.

Nueve meses después, a pesar de reiterados intentos de escritura durante el día y la noche —sobre todo

durante la noche—, las páginas de su Gran Novela no convencen a Kazbek. Su personaje principal, Dacal, se le escapa. Se da cuenta de que su proyecto ha fracasado. Mientras ordena sus papeles, encuentra la carpeta con los dibujos del señor Peer. La abre, los mira, y piensa que no le gusta la palabra bichos. Él lo que ve son escarabajos. Luego se pregunta qué necesidad pueden tener de sus palabras esos dibujos. Incluso se hace una pregunta extrema: ¿qué necesidad pueden tener los demás de sus palabras? Ha tocado fondo. De seguir pensando así, puede ser su final. Sin embargo, Kazbek duda de la expresión *tocar fondo* porque se trata de una metáfora. Sabe que con el lenguaje ese fondo último no es más que silencio y que el silencio, tarde o temprano, termina por rasgarse, solo que ahora no da con las palabras. Decide que lo mejor es salir a tomar un poco de aire a una cafetería frente al mar. A punto de salir, suena el teléfono. Es el tipo de llamada que siempre le parece la más urgente e imprescindible. Además, puede ser Isa que, de nuevo, no se resiste a llamarlo desde Guayaquil fuera de la hora prevista.

El señor Peer nació en Berlín. Se educó en escuelas de arte de Dresde y París. En mil novecientos sesenta y dos se trasladó a vivir a Ecuador, el país atravesado de volcanes, que era como lo definía a sus amigos alemanes evocando las palabras de Humboldt. En este país estudió su luz, su flora y su fauna. Se apropió de los elementos de la cultura local. Lo hizo de

manera muy libre, precisamente porque no era su tierra de nacimiento y él no era un artista local. En realidad, huía de los monstruos que, en apariencia muertos, se solapaban en Europa. Su mirada quería descansar, así que se llenó de la luz y los animales de su nuevo país. Creó diseños de flora y fauna llenos de color, con formas redondas y amables donde el rojo se eleva a un puro ardor y el amarillo es la esencia de un campo de girasoles. Mejoró y tergiversó para siempre esa flora y esa fauna. Muchos seguidores de sus trabajos viajaban al país atravesado de volcanes atraídos por los diseños del señor Peer. A los pocos días, se decepcionaban. La fauna —iguanas, cangrejos, pangúes— y la flora —manglares, cactus, ceibos— no tenían los mismos colores puros y las curvas suaves de los diseños. Los seguidores no habían hecho el viaje correcto: fueron a una geografía y no a la imaginación del señor Peer.

El señor Peer quiere que sus bichos sigan atravesando la oscuridad para salir a la superficie de la página. Quién sabe a dónde y quién sabe a qué saldrán. Como ocurre en toda historia, mientras el lector se concentra en los pasos de un personaje, los otros no dejan de avanzar. Imaginar una correspondencia en la marcha general de los personajes es el reto que el tiempo plantea en la mente del lector. Hace del lector un viajero en busca de la luz. El tiempo lo lleva, en secreto, a un mirador simultáneo ubicado en el punto más alto de su memoria. Los personajes de ese